

# AL PASO

UNOS CUANTOS, OBLICUOS comentarios sobre algunas de las cosas que se han dicho estos días:

## OCTAVIO PAZ

1

La verdadera literatura es aquella que toca los temas eternos. Pienso lo contrario: la literatura verdaderamente falsa es la que se presenta disfrazada con los atributos de la eternidad y sus grandes palabras. El tejido de la verdadera literatura son los sentimientos y los sucesos cotidianos, el mundo relativo de cada día; solo a través de lo cotidiano y lo relativo podemos entrever lo perdurable. Digo lo perdurable, no lo eterno: las eternidades son invisibles para nosotros. Podemos aludir a ellas con los conceptos brumosos de los teólogos y los metafísicos pero no podemos verla ni nombrarla con las palabras del poeta.

2

La verdadera literatura es aquella que a través de ficciones y mentiras dice la verdad escondida. Una variante de esta idea es la siguiente: la literatura es invención de realidades. Las dos afirmaciones son ciertas; no es menos cierto que, entre las grandes obras literarias, nos fascinan sobre todo aquellas que nos hacen dudar de la realidad. La literatura moderna comienza en ese momento en que Don Quijote se frota los ojos y duda: no sabe si los gigantes con los que ha combatido fueron gigantes o molinos de viento. La realidad deja de ser lo que vemos y tocamos para convertirse en la proyección de nuestras obsesiones.

3

Las relaciones entre la literatura y la realidad son equívocas. Lo son porque la literatura no es ni filosofía ni religión; es un arte que hace o inventa objetos verbales, es decir: formas. La literatura es una forma o, más bien, muchas formas. Sólo que esas formas están hechas de palabras y las palabras tienen la propensión de significar. Las obras literarias son formas emisoras de sentidos. La perfección de una obra literaria reside en su forma, esto es, en su capacidad para emitir significados distintos y sucesivos para lectores también distintos y sucesivos.

4

En los siglos XVI y XVII la teología fue el alimento de la poesía y de la literatura. Hoy el sitio de la teología ocupa la política y la crítica propiamente literaria ha sido substituída por las más inciertas de las ciencias: la psicología y la sociología. No es extraño: la política ha sido la gran pasión del siglo XX como lo fue en Bizancio la querrela de los iconos. Por esto tampoco es extraño que los informes que hemos oído sobre la situación de la literatura en los Estados Unidos y en Europa hayan estado impregnados de sociología y de

política. Confieso que esas descripciones me entristecieron. Nos mostraron una zona vacía en el centro mismo de nuestra civilización: ahí donde antes hubo un alma hay ahora un hueco, un hoyo. No se trata de la antigua separación entre la sociedad y el creador literario, descrita incansablemente por poetas y novelistas desde el romanticismo, sino de algo muy distinto: de la visión de la sociedad actual como un mecanismo que se mueve sin cesar pero cuyos movimientos no poseen ya dirección ni sentido.

Estas descripciones del nihilismo que corroe a las democracias liberales de Occidente sin duda son verdaderas; sin embargo, a mí, mexicano, me hicieron recordar el célebre diálogo entre Rocinante, el flaco caballo de Don Quijote, y Babiéca, el robusto corcel del Cid. Ante la triste y melancólica figura de Rocinante, el reluciente Babiéca le dice: *Metafísico estás* y Rocinante contesta: *es que no como...* Pero la tristeza y la angustia de los europeos y de los norteamericanos no viene de la falta de comida sino de la abundancia de bienes. Estamos ante algo que podríamos llamar "los desastres de la prosperidad". No digo que esos desastres sean quiméricos; subrayo su carácter paradójico y, en cierto modo, diabólico. Aunque no tengo un remedio para curarlos (¿los hay?). Recuerdo a mis colegas que la desesperación, la soledad y la falta de sentido fueron la fuente de inspiración de algunos grandes poetas y novelistas de la época moderna: Baudelaire, Nietzsche, Kafka, Eliot.

5

Las exposiciones de los europeos y norteamericanos fueron un examen tal vez demasiado riguroso de la situación de sus literaturas y sociedades. Confieso que, al oírlos, temí que las nuestras, las de los latinoamericanos, fuesen demasiado complacientes y entusiastas. Por fortuna no ha sido así. Entre todas me impresionó particularmente la brevísima intervención de Luis Rafael Sánchez. Tiene razón: ya no es posible ceder al virtuoso *chantage* de esos críticos que nos hablan infatigablemente de la responsabilidad social del escritor latinoamericano y olvidan que nuestra responsabilidad mayor y primera es con la literatura misma... No obstante, creo que nos faltó mencionar algunas de las carencias y los excesos de la literatura latinoamericana. Entre los excesos: el abuso del lenguaje, la confusión entre la elocuencia y la verdadera poesía, el gusto por lo brillante y lo descomunal, al didacticismo y la prédica, la inquina partidaria, la rabia ideológica. Entre las carencias la mayor es la ausencia de un pensamiento verdaderamente crítico. Hay excepciones que todos conocemos: Vargas Llosa y algún otro. No es suficiente.

La falta de crítica es la otra cara del amor inmoderado por la palabra. Esta carencia es grave porque la crítica es uno de los elementos constitutivos de la literatura moderna: somos los hijos de Kant y de la Ilustración. También de los escritores que sonríen y dudan: Hume, Voltaire, Sterne.

Señalo, de paso, dos notas características de la literatura moderna de América Latina. Una es la relación íntima entre la poesía y la ficción. Sin la poesía contemporánea, que abrió y exploró muchas comarcas antes desconocidas, la novela y el cuento latinoamericano serían inexplicables; asimismo, nuestra poesía le debe muchos de sus elementos a la prosa de ficción. La otra característica: la unidad de nuestra literatura, a pesar de las fronteras políticas y de la multiplicidad de naciones que constituyen la América Latina. No hay una literatura chilena, cubana, argentina o mexicana: hay una literatura latinoamericana. Hay familias de escritores pero esas familias no son nacionales: son estéticas. La literatura latinoamericana es diversa no por la nacionalidad de los autores sino por la variedad de las obras, los estilos y los temperamentos.

## 6

Fue refrescante oír la discusión de los escritores rusos. Además y sobre todo: fue conmovedor ver sentados en torno a la misma mesa a Siniavsky y a Bitov, a Brodsky y a Chukhontsev. Fue también memorable escuchar la magistral exposición de Efim Etkind sobre la vida literaria en la Unión Soviética en 1986. Nos comunicó grandes nuevas: la literatura rusa está viva no sólo afuera, en el destierro, sino en su hogar mismo, en esa tierra que nos ha dado tantos admirables poetas y novelistas. La vitalidad del panorama que nos han descubierto Etkind y Bitov ha sido como un golpe de viento, áspero pero vivificante, en el ambiente más bien estancado de este fin de siglo. Oír a Chukhontsev nos hace desear aún más ardientemente que en la Unión Soviética se sigan abriendo puertas y ventanas cruel y torpemente cerradas desde hace más de medio siglo. No, el alma eslava no es una invención literaria ni una noción metafísica: hoy comprobamos

que es una realidad social, histórica y, sobre todo, espiritual.

## 7

Los escritores rusos de una y otra orilla no nos describieron una pesadilla nacida de la abundancia culpable y del egoísmo: sus relatos y reflexiones nos hicieron entrever palpables carencias y opresiones. Al oírlos, pensé que es casi imposible separar la cuestión política de la cuestión literaria. Pero las relaciones entre la política y la literatura no son las que pensábamos en nuestra juventud y que todavía ahora, en América Latina, sostienen muchos ideólogos obcecados. No se trata de anunciar en poemas y novelas la buena nueva de la justicia revolucionaria que acabará con la desigualdad y la opresión; se trata de defender la libertad de la imaginación. La cuestión de la literatura es inseparable de la cuestión política porque la libertad de expresión literaria es un aspecto de la libertad de todos los ciudadanos. La lucha del escritor en contra de la censura es parte de la lucha general por los derechos humanos. Esto es cierto para la Unión Soviética, Polonia, Checoslovaquia, Hungría, Rumania y Bulgaria pero lo es igualmente para Chile, Paraguay, Cuba y otros muchos países de África, Asia y América Latina. También lo es para México. Aunque las circunstancias de mi país sean incomparablemente mejores, la libertad de que gozamos los escritores mexicanos estará amenazada mientras la democracia no sea una realidad plenaria en los otros órdenes de la vida del país. En las democracias liberales de Occidente la libertad de creación se enfrenta a peligros más insidiosos pero no menos bárbaros que la censura política e ideológica de los Estados intolerantes: el mercado y la publicidad. Someter la literatura, por naturaleza solitaria y que nada siempre contra la corriente, a las leyes de la circulación de las mercancías, es mutilarla en su esencia. La literatura moderna, lo dijo Blake, es la aliada del demonio: es el ángel que dice *No*.

Washington, a 26 de abril de 1987.

